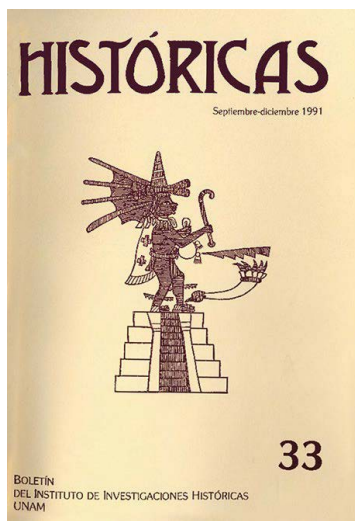




Artículo: Los campesinos y las actividades complementarias

Autor(es): Gallardo Arias, Patricia

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 33

Año: 1991

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Gallardo Arias, Patricia. "Los campesinos y las actividades complementarias" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 33 (1991): p. 36-48. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3779>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Los campesinos y las actividades complementarias*

Patricia Arias

La década de los setenta fue testigo y testimonio de un verdadero partearguas de la investigación antropológica nacional, de una discusión que dio lugar a uno de los mejores pero más inacabados debates de la disciplina: la polémica en torno al futuro del campesinado. Los diversos proyectos que en ese tiempo se llevaban a cabo en los distintos rumbos de la geografía nacional se nutrían y confluían en la interrogante propuesta por Eric Wolf (1971) acerca de las maneras en que el campesinado enfrentaba a la sociedad más amplia y el impacto que esto tendría en su vida y su organización económica, política y social. Interrogante que, como es bien sabido, se remitía también a la discusión más general sobre la articulación de modos de producción.

La discusión, aunque centrada en el quehacer agrícola de los campesinos, aludía con porfiada insistencia a las otras actividades, a las demás tareas que llevaba a cabo la gente del campo. La existencia y el papel de esas actividades de los campesinos a las que se llamaba "complementarias" estuvieron en el trasfondo del debate entre campesinistas y proletaristas. De un modo u otro las interrogantes en cuanto a la persistencia o disolución del campesinado tenían que ver con esos quehaceres no agrícolas de los campesinos. La carencia de tierras —por crecimiento demográfico, acaparamiento, despojo, agotamiento de los suelos, o cualquier combinación posible— era cada día más acuciante; la crisis agrícola, es decir, la incapacidad de garantizar el abasto de alimentos que la población demandaba, una evidencia de mil modos denunciada. En esas condiciones resultaba importante saber cuál era y en especial cuál sería el rol económico y social de los quehaceres no agrícolas de la población rural, la manera en que ellos afectarían la definición y por lo tanto la movilización política del campesinado.

Las actividades complementarias

Casi cualquier trabajo de investigación de los años setenta menciona o enlista la serie de labores no agrícolas que desempeñaban las familias campesinas. Las labores "complementarias", como se las definía, eran de dos tipos fundamentalmente. Por un lado, los quehaceres de tipo "tradicional", vinculados a una economía casi natural y a sistemas de producción muy simples que se encontraban en toda la geografía rural nacional. La

* Ponencia presentada en *Morelos en una Economía Global. Una Conferencia Interdisciplinaria sobre las Transiciones hacia el Capitalismo en el Altiplano Central de México*. Cocoyoc, Mor., 19 a 22 de noviembre de 1989.

extracción de resina en diversas regiones boscosas del país (Warman, 1972), la pesca a pequeña escala en Jicayán, Oaxaca, en el lago de Pátzcuaro en Michoacán o en San Pedro Tlaltizapán en el valle de Toluca en el estado de México (Pepin-Lehalleur, 1976; Pietri, 1976; Cuéllar, 1986), la elaboración de cal y carbón en muchas localidades como en los municipios indígenas de Zacapoaxtla en la sierra de Puebla (Paré, 1975) eran ejemplos de complementariedad económica obtenida por la vía de la recolección o extracción de recursos naturales, en muchos casos a través de intercambios directos, no monetarios, entre comunidades con diferentes recursos naturales y distintas tradiciones productivas.

Estaban también las comunidades, por lo regular indígenas, donde existía alguna tradición artesanal especializada y generalizada de elaboración de artículos. En los estados de Chiapas, Hidalgo, Michoacán, Oaxaca, Puebla o Yucatán abundaban las localidades dedicadas a las producciones de artículos y objetos de loza, madera, papel, textiles de infinidad de fibras duras y blandas, de todo tipo de metales (Medina, 1975; Novelo, 1976; Pietri, 1976; Rubín de la Borbolla, 1974; Tapia, 1984). Artesanías donde el trabajo femenino solía tener un papel central en la elaboración de los objetos y, en algunos casos, también en su comercialización (Newbold de Chiñas, 1975).

Aunque algunas artesanías se encontraban en una etapa de transformación y auge (Novelo, 1976; Pietri, 1976) en general la literatura constataba en los hechos y hacía hincapié en el análisis de la declinación, a veces la total desaparición de este tipo de actividades con que los campesinos "complementaban" sus ingresos agrícolas. La llegada de productos manufacturados de la ciudad acarrea la crisis y la extinción de artesanías y oficios. El fenómeno se constataba en diferentes regiones del país, en diversos productos: la competencia de artículos industriales hacía languidecer las artesanías de uso cotidiano y ceremonial de las comunidades del valle del Mezquital (Arizpe, 1976; Gutiérrez, 1975), los artículos tradicionales de Arandas, en los Altos de Jalisco (García, 1975).

Del otro lado, la literatura daba cuenta de varias de las nuevas actividades "complementarias" en las que se tenía que ocupar cada día más la población del campo. De hecho, la crisis agrícola y agraria, la polarización de la agricultura, el intercambio desigual con los productos de la ciudad, habían desencadenado la aparición y en muchos casos la difusión del trabajo complementario en el medio rural, a través de dos vías en especial: la intensificación de las labores agropecuarias tradicionales en los pueblos o la búsqueda de nuevos quehaceres normalmente fuera de las localidades de origen.

Para sobrevivir, los campesinos se veían obligados a incrementar la intensidad de su trabajo agrícola o artesanal, a introducir cultivos comer-

ciales, a criar aves de corral y cerdos, a dedicarse al comercio de pequeña escala; habían tenido que aprender a salir del terruño, a trabajar como peones agrícolas estacionales en otras regiones y en los Estados Unidos, como obreros y sirvientas en las grandes ciudades que vivían los momentos más espectaculares y todavía poco dramáticos de su expansión industrial y urbana (Bartra, 1974; Díaz-Polanco, 1976; Warman, 1972). Frente a esta constatación se organizó el debate.

Campesinistas y proletaristas

Para Ángel Palerm (1980) y Arturo Warman (1972), la ruptura del autoabasto que suscitaba el capitalismo en la economía campesina obligaba a los campesinos a buscar diversos ingresos complementarios, sobre todo en forma de salario. Pero estos ingresos, aunque jugaban un papel económico "vital", eran sólo complementarios, es decir, se buscaban y procuraban sólo hasta cubrir el déficit entre la producción agrícola de autoabasto y las necesidades familiares de consumo (Warman, 1972: 129). De esta manera no se afectaba la definición persistente del poblador rural como campesino. Y es que para los "campesinistas", como se llamó a estos autores, uno de los elementos centrales en la definición del campesinado no era tanto el quehacer concreto que realizaban en un momento determinado sino la pertenencia a una comunidad, porque era ella la que garantizaba el acceso a la tierra y, por lo tanto, a la subsistencia individual y familiar. Mientras el campesino no perdiera el arraigo a su comunidad y mantuviera su involucramiento en los sistemas horizontales que caracterizaban las relaciones sociales campesinas, seguiría siendo un campesino. De este modo, aunque se alejara de la agricultura "no se aniquila en cuanto campesino sino que se fortalece como tal, aunque rente su tierra" (Warman, 1972: 120).

El supuesto básico de la "complementariedad" era que la agricultura seguía siendo la actividad y el objetivo central compartido por todos los miembros de la sociedad rural, es decir, que eran las tareas y los calendarios agrícolas los que organizaban y delimitaban las demás actividades económicas de cada localidad y de las familias que la formaban. El campesino era un productor real o potencial de su propia subsistencia alimenticia (Warman, 1972).

Para Bartra o Paré, en cambio, las modificaciones en el empleo campesino acarrearán al mismo tiempo transformaciones en la definición y destino del campesinado. Ya en 1960, señalaba Bartra, la mitad de los campesinos tenía que complementar sus ingresos con el trabajo asalariado y se preguntaba si no sería mejor decir que eran "proletarios que complementan sus ingresos con la agricultura" (Bartra, 1974: 30). El desarrollo rural capitalista había polarizado a la sociedad rural —agricultores capitalistas vs. campesinos sin tierra— lo que significaba la descomposición y diferen-

ciación del campesinado: había surgido así “un mar de campesinos semiproletarizados y pauperizados y de jornaleros sin tierra” (Bartra, 1974: 31). La semiproletarización y la pauperización formaban parte de un proceso general de descampesinización de la sociedad rural: los semiproletarios eran los que vivían en realidad de su trabajo como jornaleros u obreros; los campesinos pauperizados los que se dedicaban a actividades terciarias (pequeño comercio, servicios, oficios) (*ib.* 92). Realmente, diría Bartra, las actividades complementarias son las que permiten absorber las pérdidas monetarias de la producción agrícola campesina. Desde este punto de vista, el ejido no era tanto la base de la producción agrícola campesina, sino una institución con la que se había buscado concientemente frenar la proletarización “para mantener arraigada a la tierra a una masa grande de campesinos que ni la industria ni las empresas agrícolas serían capaces de absorber” (*ib.* 31).

En verdad, cada enfoque hacía una evaluación distinta del papel y el sentido de las actividades complementarias. Para los campesinistas esos quehaceres aparecían como mecanismos viables de adaptación a situaciones cambiantes por parte de la propia sociedad campesina en su relación con el capitalismo; para los proletaristas, eran más bien la expresión última y desesperada de formas de sobrevivencia ya muy desgastadas de la sociedad rural.

Comoquiera, el debate no fue alimentado con ulteriores estudios. Los trabajos de campo profundos, prolongados y comprehensivos que los antropólogos habían promovido y realizado en la primera mitad de la década de los setenta en múltiples localidades rurales del centro y occidente del país, en especial en los estados de Hidalgo, Jalisco, México, Morelos, Puebla, Tlaxcala fueron sustituidos por investigaciones más específicas y simultáneamente mucho más generales. En manos de funcionarios y planificadores, los hallazgos y debates antropológicos se convirtieron en lamentables y paralizantes caricaturas. Durante años se repitió y generalizó, ya sin matices, aquello de la desaparición de los quehaceres productivos no agrícolas en el medio rural, sobre todo los supuestamente tradicionales; se reiteró, ya sin evidencia, la absoluta dependencia campesina de los productos manufacturados que provenían de las grandes ciudades. Y es que en verdad el argumento de la desaparición de actividades en el mundo rural pasó a formar parte de una discusión —aunque muchas veces ya sólo la reiteración— que consumió mucho papel: los múltiples mecanismos de subordinación de la sociedad agraria a la dinámica de la economía y la política urbanas.

Pero la ausencia de investigación acarreó otro fenómeno: con el tiempo y las reiteraciones los campesinos empezaron a desdibujarse, a perder nitidez. Funcionarios y administradores los transformaron en cifras y tenden-

cias que eran sólo una prolongación agravada de lo que ya se sabía, de lo que se había constatado en los estudios de los setenta. Así las cosas, en los ochenta ya casi nadie conocía la verdad y mucho menos sabía lo que habían hecho efectivamente los campesinos en los últimos años. Se supuso mucho más de lo que se supo. Y quizá fue lo mejor para ellos.

La diversificación de la sobrevivencia

Con todo, la nueva realidad que empezaban a forjar los campesinos se coló por algunas rendijas. De los trabajos publicados el de Arizpe (1976) fue el más explícito en reconocer la existencia de lo que parecían ser dos tendencias en la economía y el empleo de las comunidades del valle del Mezquital: allí la extinción de actividades productivas tradicionales iba acompañada de un proceso de aparición de nuevas labores aunque, señalaba Arizpe, estas últimas no lograban compensar los empleos perdidos por la desaparición de los primeros. El rumbo que se insinuaba quedó mucho más claro en una tesis, desafortunadamente no publicada, sobre el municipio de Arandas, en los Altos de Jalisco. Allí García (1975) constató que muchas de las añosas actividades productivas como la fabricación de cuerdas y reatas, huaraches, velas, jabón, cigarros, la alfarería, la fustería, los obrajes, la curtiduría, languidecían ante la competencia externa pero, al mismo tiempo, descubrió que se iniciaban o estaban en pleno auge varios nuevos quehaceres: la fabricación de trapeadores, esferas navideñas de vidrio soplado, tacones de calzado, dulces, el tejido de punto. Quehaceres que no parecían nutrirse ni emanar de tradiciones productivas locales.

La investigación de Littlefield (1986) en Yucatán puso en evidencia el ejemplo que faltaba: la modalidad maquilera que había tomado la expansión y transformación de una vieja artesanía rural. Porque el tejido de la hamaca o el bordado del huipil, como muestra muy bien la autora, habían dejado de ser quehaceres artesanales independientes para convertirse en dos verdaderos complejos sistemas de maquila, con una bien definida división del trabajo entre comunidades y al interior de las familias.

Pero la constatación de esos fenómenos no impulsó la investigación ni conmovió el debate. En los años siguientes los ejemplos de situaciones similares se siguieron acumulando en las bibliotecas de universidades y centros de estudio. Revisarlos resulta una sorpresa. Allí han quedado registrados los rumbos de un gran cambio, de la manera como los campesinos empezaron a recuperar y transformar su espacio para un objetivo de siempre: permanecer en su tierra, el viejo anhelo campesino que estuvo a punto de sucumbir.

A principios de los setenta las familias yucatecas, tlaxcaltecas o mexiquenses estudiadas por Littlefield (1976), López (1977), Cuéllar (1986) tenían todavía algo de tierra, aunque muy poca, que dedicaban al cultivo

del maíz, casi siempre sólo "para los elotes", es decir, para el consumo de poco tiempo. Aquí y allá se advertía un regreso a la producción de autoabasto, que era una expresión más de la imposibilidad de proveer la sobrevivencia familiar con los recursos provenientes de la agricultura exclusivamente: en el yucateco Cachalquén, el trabajo agrícola "en lo propio" representaba poco más de la mitad (54.7%) del ingreso familiar, contabilizó Littlefield. El resto se obtenía de una combinación de actividades de acuerdo a la edad, el sexo y la época del año. Esto era muy conocido. Lo nuevo eran las proporciones y su impacto. En pocos años el salario, en este caso en la maquila, se había convertido en la segunda fuente de los ingresos monetarios familiares. Puesto de otro modo se puede decir que el trabajo asalariado femenino era cada día más crucial para la sobrevivencia familiar entre las familias de esa pequeña porción del Yucatán henequenero.

La situación en Tlaxcala era todavía más clara. Allí, en Santa Ana Chiautempan, la mayor parte de los maquileros estudiados por López (1977) tenía tierra —que variaba entre una y cuatro hectáreas— que dedicaban al cultivo del maíz, casi todo para consumo de la familia. Pero en todos los casos también se advertía que no era la agricultura la que proporcionaba los ingresos principales, ni la que había generado los recursos para la compra de las máquinas ni era un rubro hacia el cual los maquileros orientaran sus inversiones. Además, en Santa Ana Chiautempan como en Chiconcuac, la compra de ganado parecía, desde entonces, haber sustituido a la compra de tierras. Comoquiera, el que todavía la tenía, la mantenía: los maquileros de Chiautempan encargaban a peones los trabajos agrícolas de sus parcelas. El incremento en el uso de mano de obra asalariada incluso entre los minifundistas fue detectado también en el sur del valle de Toluca. Allí la mitad de las milpas eran trabajadas por peones como resultado de la ocupación no agrícola de sus propietarios, empleados en la zona industrial Toluca-Lerma o en la capital mexiquense (Baillon, 1980).

Pero además empezó a insinuarse otro fenómeno. El crecimiento de la población en Chiconcuac había dado pie a pensar en un nuevo uso que renovaba el interés por la tierra: la posibilidad de transformar las parcelas cultivables en suelo urbanizable. En el Chiconcuac que conoció Creel en esos años (1977) era evidente ya que la agricultura era un quehacer complementario y se dejaba sentir la tendencia al abandono de la agricultura. En el decenio 1960-1970 la proporción de la población dedicada a la agricultura en la llanura texcocana —que incluye los municipios de Atenco, Chiautla, Chiconcuac, Papalotla, Tepetlaoxtoc, Texcoco y Tezoyuca— bajó de 59.4% a 33.7%, en tanto que en la manufactura subió de 19.2% a 27.5% (Elizalde y Peláez, 1986).

El deterioro de la condición agraria abarcaba desde comunidades de

tierras pobres y agotadas como las del noreste guanajuatense o inconcebiblemente fragmentadas como Santa Ana Chiautempan o San Pedro Tlaltizapán en donde, como muestra Cuéllar (1986) el tamaño promedio de una parcela era de 3/4 de hectárea de temporal; lo mismo que localidades que no tenían un solo régimen de propiedad como los ejidos colectivos de Cachalquén en Yucatán, Purísima del Rincón en Guanajuato o Santiago Cuautlalpan en el estado de México, que compartían la tenencia privada y ejidal de la tierra; en localidades muy dependientes de las agencias del estado como la henequenera Cachalquén y entre los que preferían arreglárselas por cuenta propia como los pequeños propietarios de San Diego de Alejandría en los Altos de Jalisco e incluso los ejidatarios de ciudad Manuel Doblado en el extremo occidental de Guanajuato; en localidades donde sólo campeaba el temporal como las de la meseta purépecha en Michoacán y también en aquellas donde había tierras irrigadas como San Francisco del Rincón o Irapuato en Guanajuato.

Durante la década siguiente el rumbo que se anunciaba se mostró de manera mucho más nítida. Ahora sí y por doquier empezaron a abundar y a ser mayoría los trabajadores y propietarios que no tenían ni tendrían tierra, los que sobrevivían o acumulaban a partir de otros quehaceres en el campo. Los padres de las obreras que conoció Leñero (1983) en Santa Ana Chiautempan eran en su mayoría campesinos, pero la generación siguiente, es decir, la de sus hermanos, era ya irremediablemente proletaria; en el Santiago Cuautlalpan que estudiaron Elizalde y Peláez a principios de los ochenta se había suscitado un decrecimiento de la población dedicada a la agricultura y al mismo tiempo se advertía un desinterés de la gente joven por esa actividad (1986); en San Pedro Tlaltizapán la agricultura era una labor marginal en los trabajos de sus pobladores. Y no era para menos: con los diez o dieciséis surcos que poseían los pequeños propietarios, los uno y uno y medio almudes que obtenían los ejidatarios y donde los "acaparadores" eran los que explotaban diez hectáreas no podía ser de otro modo. En Tenango de Arista la mayor parte de los días anuales trabajados por los campesinos era en actividades diferentes de la agricultura, en las cuales obtenían ingresos mayores a los de sus parcelas (Vázquez Mellado, 1986).

En el occidente del país las cosas no pintaban muy diferentes. En los Altos de Jalisco los fenómenos simultáneos de fragmentación y concentración de la tierra dejaban cada vez más excluidas la ganadería y la agricultura (Fábregas, 1986); en Nahuatzen, un pueblo de la meseta purépecha, más de la mitad de los lugareños (60%) ya no tenía tierras y dependía de los ingresos en efectivo que podía obtener allí y fuera de su terruño (García, 1984). En la Cañada de los Once Pueblos, también en Michoacán, Ramírez (1986) mostró que la agricultura había dejado de ser la ocupación

principal de los chilchotenses. En veinte años (1960-80) se había reducido a la mitad (de 74% a 35%) la proporción de la gente dedicada a las labores del campo.

En el bajío leonés, es decir, en los municipios de Ciudad Manuel Doblado, León, Purísima del Rincón, Romita, San Francisco del Rincón y Silao, la población dedicada a las labores agrícolas disminuyó abruptamente en diez años: la proporción del 27% en 1970 se desplomó al 8% en 1980. En San Francisco del Rincón la proporción del producto interno bruto industrial (40.4%) superaba ampliamente al agrícola (12.4%) en 1980 (*ib.*). En el Rincón y los Altos se volvió a utilizar semilla criolla para el cultivo del maíz, lo que era testimonio simultáneo de un regreso al autoabasto y del uso ganadero — pastura para forraje — que le daban los medieros al maíz que dejaban cultivar en sus tierras, algo ciertamente menos generalizado en las décadas anteriores.

Así, en varios rumbos de la geografía nacional, en tierras muy pobres y en otras de buena calidad se constataba el decrecimiento de la producción, la inversión y el empleo agrícolas; la concentración de las tierras en pocas, cada vez menos, manos; el retorno al cultivo básico de subsistencia en parcelas dramáticamente diminutas; la búsqueda de nuevos usos de la tierra. La posibilidad de vivir de la tierra y de la agricultura parecía haber llegado al límite en cualquier combinación posible. La agricultura y el maíz parecían haber dejado de ser los elementos que articulaban la economía local y extralocal, la correa por donde transitaban los intercambios desiguales para el campesino.

Los impactos sociales de la diversificación económica

Al mismo tiempo se constataba por doquier la generalización de la diversificación económica como base de la sobrevivencia familiar campesina. Los campesinos de ahora vivían de los ingresos provenientes de una combinación compleja y cambiante de ingresos múltiples que mostraba matices importantes respecto a la situación de las décadas anteriores. Para muchos, los más, la agricultura no les permitía cubrir la sobrevivencia familiar y los quehaceres agrícolas eran los que habían pasado a cumplir un papel complementario en la organización económica de la familia campesina. Los ingresos monetarios jugaban ahora el rol central y crucial en la vida y los avatares económicos campesinos, los que definían la jerarquía de empleos y prioridades. La monetarización de la economía había desplazado al ingreso en productos por la retribución en efectivo, regular.

El problema no es sólo la inversión de los papeles jugados por una u otra actividad. De hecho, el cambio ha conmovido todo el entramado de relaciones comunitarias y familiares que eran otra parte fundamental de la definición del campesinado. En verdad ya no son los deberes y el calendario

agrícolas los que organizan la vida social y familiar de un pueblo; los que sustentan y jerarquizan las autoridades públicas y privadas; los que definen el tipo y el tiempo de la migración de los miembros de la familia; los que marcan los periodos de escasez y abundancia de dinero en cada localidad. El cambio del eje articulador ha diversificado asimismo las fuentes y mecanismos de los poderes públicos y privados.

También se ha modificado la territorialidad que hace posible la diversificación. Como es de todos sabido, los empleadores nacionales se cobijaron durante casi cinco décadas en las ventajas que les ofrecían las metrópolis. Así, la migración hacia las grandes ciudades o, como era lo usual en algunas regiones del país, rumbo a los campos de los Estados Unidos, fue una de las principales modalidades campesinas de acceso al dinero en efectivo para la sobrevivencia cotidiana, para llevar a cabo inversiones que hicieran posible un mejor regreso (Durand, 1988). Pero en los últimos años se observa el interés empresarial —de grandes y pequeños capitales— por instalar o trasladar establecimientos industriales al medio rural. Se empieza a saber de la creación de grandes y sofisticadas maquiladoras en el campo, como la fábrica de cigüñales que estudió Vázquez Mellado en el Estado de México, como las empacadoras de frutas y verduras ahora tan familiares como móviles en los bajíos guanajuatense y michoacano o en el suroeste jalisciense (Barrón, 1988), como las fábricas de artículos de tejido de punto, ropa, calzado, juguete, dulce, esferas navideñas, en más de treinta municipios del occidente del país (Arias, 1988). De este modo se ha ampliado notablemente la oferta de empleo en las ciudades pequeñas y en las localidades rurales.

Pero no sólo eso. De paso se ha modificado también la oferta de mano de obra. La apertura local de mercados de trabajo que acercan físicamente la demanda y la oferta de mano de obra han favorecido la aparición de nuevas fuerzas de trabajo asalariado, en particular las femenina e infantil. Y es que en estas nuevas condiciones han entrado a tallar muy duro, como nunca antes, las mujeres y los niños. La actual diversificación de la economía campesina pone de relieve o, en todo caso, impide desestimar la participación de las mujeres en el logro de la sobrevivencia familiar. Esto es muy viejo, sumamente conocido. Pero antes el trabajo femenino en las tareas agrícolas o el dinero que enviaban las hijas desde la ciudad, quedaban encubiertos en el producto agrícola obtenido, inmersos y ocultos en el trabajo masculino. Algo similar sucedía con las tareas femeninas de recolección cuyo esfuerzo aparecía diluido, oscurecido en el consumo.

La diversificación que hoy hace posible la sobrevivencia familiar se ha sin duda feminizado, es decir tiene, cada vez más, un elevado componente de trabajo e ingreso en salario de las mujeres de una casa. Ingresos que por ser en efectivo y más o menos regulares son más difíciles de omitir y

de hecho han empezado a modificar la relación de la mujer frente al trabajo, en lo que se refiere al valor y al uso del tiempo y el dinero, respecto a las relaciones familiares.

La diversificación ha acarreado una expansión y complejización de los mercados de trabajo asalariados rurales, pero en un sentido que no se resuelve fácilmente en la noción de proletarización, que supone una dicotomía donde los pobres y desposeídos de la tierra serán siempre vendedores de fuerza de trabajo. La verdad es que a través de la diversificación lo que se busca, de manera ardua y a veces muy conciente, son nichos, aunque sea pequeños, de trabajo independiente, de obtención de ingresos por cuenta propia. La proletarización como forma de sobrevivencia a perpetuidad y como cultura del trabajo tiene muy poca vigencia entre la gente del campo, por lo menos en algunas regiones del país.

Ciertamente en los estudios de los setenta, la unidad doméstica, vista desde ambas trincheras del debate, tenía un papel central en la economía campesina. Como es bien sabido, la familia era una de las grandes claves para entender la sobrevivencia rural en un contexto de intercambio desigual con la sociedad y economía más amplias. La desigualdad que imperaba en las relaciones que los campesinos establecían hacia afuera, se enfrentaba y paliaba, insistían los campesinistas, con la igualdad, la solidaridad y el equilibrio en el interior de las unidades domésticas.

Pero esta viabilidad de la familia campesina dependía de algunos supuestos básicos: la combinación de quehaceres en una estrategia compleja donde no se individualizaban los ingresos de cada miembro, donde predominaban las relaciones no salariales, donde todos colaboraban sin divergencia ni discusión para lograr el nivel de subsistencia necesario y adquirir los faltantes indispensables, donde no había duda sobre la subordinación de la mujer y la gratuidad de sus servicios y tareas. Hoy por hoy es difícil constatar y aceptar la existencia de solidaridades y acuerdos familiares tan indiscutibles, unívocos, compartidos y estáticos: la familia campesina, que parecía inmune, absolutamente refractaria al cambio, ha tenido que empezar a manejar las influencias externas, las divergencias y los conflictos internos, las disidencias más complejas, ya no sólo generacionales, de sus miembros. La etnografía de hoy muestra dinámicas y tendencias familiares ciertamente menos homogéneas y consensuales de las que nos dejó la bibliografía y, en cualquier caso, sustentadas en fuertes desigualdades y autoritarismos por sexo.

Pero la situación parece ser aún más complicada. Las opiniones ciertas de los campesinos muestran un cambio sustancial en las expectativas de la gente rural. En verdad, los campesinos aprendieron hace tiempo que la tierra y los quehaceres agrícolas no podían dar para más, menos aún para todos. En el bajo occidental de Guanajuato muchos de los nacidos a

partir de los años cincuenta supieron desde niños que para ellos no habría tierras y nunca trazaron proyectos con ese horizonte; sus descendientes, menos todavía. De hecho hay ya dos generaciones de gente del campo que no conoce bien a bien las tareas agrícolas que supone una parcela porque nunca la ha tenido. De un modo u otro la posesión de tierra ya no es el objetivo central de todos los pobladores del campo y la cultura agrícola ha dejado de ser un patrimonio homogéneamente compartido por todos los miembros de una comunidad rural. Hoy por hoy en las localidades rurales existe cada día más gente que no posee tierra ni se dedica a las labores agrícolas; gente que se procura la sobrevivencia sin una base agraria ni un quehacer agrícola.

La diversificación económica que en un primer momento apareció como un complemento a las labores y los ciclos agrícolas en realidad ha permitido cada vez más el desplazamiento de ciertos sectores hacia actividades no agrícolas. De hecho, la diversificación ha estimulado el crecimiento y consolidación de sectores que obtienen sus principales ingresos, en verdad ganancias, de fuentes no agrícolas, pero firmemente asentadas en el medio rural. La diversificación familiar como estrategia de sobrevivencia ha dado lugar a las especializaciones local y regional como formas de acumulación. La agricultura se convierte así en el oficio de algunos, en un quehacer que ya no es la labor ni la aspiración de todos los miembros de una comunidad pero que puede ser la vía de trabajo y riqueza de unos cuantos. La vida y el espacio se comparten y se convive con gentes que hacen otras cosas, que tienen habilidades, relaciones e intereses en otros ámbitos económicos. Hoy por hoy podemos reconocer procesos muy acabados de microespecializaciones pecuarias y manufactureras en el centro y el occidente del país.

Microespecializaciones que han dado nueva y mejor vida a las ciudades medias y pequeñas, que han permitido el desarrollo de relaciones múltiples, complejas y mutuamente imprescindibles con sus entornos rurales. La sociedad rural de hoy ha empezado a dejar obsoleto el esquema de ciudad invariablemente comercial, a hacer desaparecer su impacto unívocamente depredador sobre las microrregiones que la rodean.

La diversificación a nivel de sobrevivencia y de acumulación ha representado sin duda un desahogo de las viejas presiones económicas y de las añosas tensiones políticas centradas en una tierra cada vez más escasa, en un sistema oficial de promoción agrícola ineficiente y corrupto. Aunque la geografía política nacional presenta todavía fuertes matices, hay ya varias regiones en que el cacique no asusta a nadie, si es que aún existe. Pero ha significado al mismo tiempo el surgimiento de nuevos sectores de trabajadores y de empresarios que dependen de otros recursos, que cotidianamente crean y recrean nuevas culturas, intereses, conflictos y solidaridades.

Bibliografía

Arias, Patricia, "La pequeña empresa en el occidente rural", en *Estudios Sociológicos*, v. VI, núm. 17, México, El Colegio de México, 1988, p. 405-436.

Arizpe, Lourdes, "La ideología del indio y la economía campesina", en varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, Seplnah, 1976, p. 99-132.

Barrón, Ma. Antonieta, "La incorporación de la fuerza de trabajo femenina a mercados de trabajo", en Josefina Aranda (comp.), *Las mujeres en el campo*, Oaxaca, Uabjo, Instituto de Investigaciones Sociológicas, 1988, p. 163-176.

Bartra, Roger, *Estructura agraria y clases sociales en México*, México, Serie popular ERA, 1974.

Bataillon, Claude, "Población campesina y suburbanización en el Valle de Toluca", en Iván Restrepo (coord.), *Conflicto entre ciudad y campo en América Latina*, México, Nueva Imagen, 1980, p. 315-342.

Creel, Martha, *Chiconcuac: pueblo de artesanos y capitalistas*. México, tesis de licenciatura en Antropología Social, UIA, 1977.

Cuéllar, Claudia, *El papel de la mujer en la producción maquilera y su importancia en la reproducción de la fuerza de trabajo de la unidad familiar*, México, tesis de licenciatura en Antropología Social, UAM-I, 1983.

Departamento de Culturas Populares, *Diagnóstico sociocultural del Estado de Guanajuato*, Guanajuato, Secretaría de Educación, Cultura y Recreación del Estado de Guanajuato, 1987.

Díaz-Polanco, Héctor, "La economía campesina y el impacto capitalista. Un caso mexicano", en varios autores, *Capitalismo y campesinado en México*, México, Seplnah, 1976, p. 69-97.

Durand, Jorge, "Los migradólares: cien años de inversión en el medio rural", en *Argumentos*, núm. 5, México, UNAM-X, 1988, p. 7-21.

Elizalde, Gloria y Manuel Peláez, *Santiago Cuautlalpan. Una comunidad rural en proceso de cambio*, México, tesis de licenciatura en Antropología Social, UIA, 1986.

Fábregas, Andrés, *La formación histórica de una región: los Altos de Jalisco*, México, Ediciones de la Casa Chata, 1986.

García, Virginia, *La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco*, México, tesis de licenciatura en Antropología Social, UIA, 1975.

García, Lucía, *Nahuatzen. Agricultura y comercio en una comunidad serrana*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1984.

Leñero, Estela, *El huso y el sexo (la mujer obrera en dos industrias de Tlaxcala)*, México, Cuadernos de la Casa Chata, 1984.

Littlefield, Alice, *La industria de las hamacas en Yucatán, México*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.

López, Jacqueline, "Talleres y fábricas pequeñas en Santa Ana Chiau-tempan, Tlaxcala. Un estudio de caso", ponencia presentada en el *Seminario de Antropología Industrial*, México, Universidad Iberoamericana, enero de 1977.

Medina, Andrés y Noemí Quezada, *Panorama de las artesanías otomíes del Valle del Mezquital*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1975.

Newbold de Chiñas, Beverly, *Mujeres de San Juan. La mujer zapoteca del Itsmo en la economía*, México, SepSetentas, 1975.

Novelo, Victoria, *Artesanías y capitalismo en México*, México, Seplnah, 1976.

Palerm, Ángel, "Articulación campesino-capitalismo: sobre la fórmula M-D-M", en Ángel Palerm, *Antropología y Marxismo*, México, Cisl nah-Nueva Imagen, 1980.

Paré, Luisa, "Caciquismo y estructura de poder en la sierra norte de Puebla", en varios autores, *Caciquismo y poder político en el México rural*, México, Siglo XXI Editores, 1975, p. 31-61.

Pepin-Lehalleur, Marielle, "El empleo de trabajo ajeno por la unidad campesina de producción", en varios autores *Capitalismo y campesinado en México*, México, Seplnah, 1976, p. 133-162.

Pietri, Anne Lise y René, *Empleo y migración en la región de Pátzcuaro*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.

Ramírez, Luis Alfonso, *Chilchota, un pueblo al pie de la sierra*, México, El Colegio de Michoacán, 1986.

Rubín de la Borbolla, Daniel, *Arte popular mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1974.

Tapia, Carlos Enrique, "Comercio y producción de artesanías en Hachó, Yucatán (1950-1980)", en *Memorias del Seminario sobre Capitalismo y Vida Rural en Yucatán*, Mérida, Departamento de Estudios Económicos y Sociales, Universidad Autónoma de Yucatán, 1984, p. 153-175.

Vázquez Mellado, Rosa María, *La fábrica se va al campo: "donde antes se daban maizales, ahora producimos cigüñales"*, México, tesis de licenciatura en Antropología Social, UIA, 1986.

Warman, Arturo, *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1972.

Wolf, Eric, *Los campesinos*, México, Editorial Labor, 1971.